

# El Gato con Botas

Charles Perrault



**H**abía un molinero que, al morir, dejó a sus tres hijos como única herencia su molino, su burro y su gato. El reparto fue simple y no fue necesario llamar ni al abogado ni al notario, que habrían consumido todo el pobre patrimonio.

El mayor recibió el molino y el segundo se quedó con el burro; el hermano menor, a quien tocó sólo el gato, se lamentaba de su mísera herencia:

—Mis hermanos —decía— podrán ganarse la vida convenientemente trabajando juntos. Pero lo que es yo, después de comerme a mi gato y de hacerme un par de guantes con su piel, me moriré de hambre sin remedio.

El gato escuchaba estas palabras pero se hacía el desentendido. De pronto le dijo a su amo, en tono serio y pausado:

—No os aflijáis, mi señor. Tan sólo proporcionadme una bolsa y un par de botas para andar por entre los matorrales, y veréis que vuestra herencia no resulta tan pobre como ahora pensáis.



Aunque al oír esto el amo del gato no se hizo grandes ilusiones, lo había visto dar tantas muestras de agilidad y astucia para cazar ratas y ratones, como colgarse de los pies o esconderse en la harina haciéndose el muerto, que abrigó alguna esperanza de verse socorrido por él en su miseria.

Cuando el gato obtuvo lo que había pedido, se colocó las botas y se echó la bolsa al cuello, sujetándose los cordones de ésta con las dos patas delanteras. Luego se dirigió a un campo donde había muchos conejos. Pusó afrecho y hierbas en su saco y, tendiéndose en el suelo como si estuviese muerto, aguardó a que algún conejo, poco versado aún en las trampas de este mundo, viniera a meter su hocico en la bolsa para comer lo que había dentro. Apenas se había recostado el gato cuando vio cumplido su plan, pues un atolondrado conejito se metió en el saco. Entonces, sin vacilar, el maestro gato, tirando de los cordones, lo encerró y lo mató sin misericordia.

Muy ufano con su presa, fuese donde el rey y pidió hablar con él. Lo hicieron subir a los aposentos de Su Majestad, donde al entrar hizo el gato una elegante reverencia ante el rey, y le dijo:

—He aquí, Majestad, un conejo de campo que mi señor, el Marqués de Carabás —había inventado ese nombre para su amo—, me ha encargado obsequiaros de su parte.

—Puedes decirle a tu amo —respondió el rey— que se lo agradezco y que su regalo me agrada mucho.

En otra ocasión el gato se ocultó en un trigal, dejando como siempre su saco abierto; y cuando en él entraron dos perdices, tiró de los cordones y las cazó a ambas. Fue enseguida a ofrecerlas al rey, tal como había hecho con el conejo de campo. El rey recibió también con agrado las dos perdices, y ordenó que le diesen de beber al emisario del Marqués de Carabás.

El gato continuó así durante dos o tres meses, llevándole de vez en cuando al rey productos de caza de parte de su amo. Un día supo que el rey iría a pasear a orillas del río con su hija, de quien se decía que era la princesa más hermosa del mundo.

—Si queréis seguir mi consejo —dijo el gato a su amo—, vuestra fortuna está hecha. Sólo tenéis que bañaros en el río, en el sitio que yo os indicaré, y de lo demás me encargaré yo.

El supuesto Marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejaba, sin imaginar de qué podría servirle aquello. Mientras se estaba bañando, pasó por ahí el rey, y en ese momento el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro, socorro! ¡El señor Marqués de Carabás se está ahogando!

Al oír los gritos, el rey asomó la cabeza por la portezuela de su carroza y, reconociendo al gato que tantas veces le había llevado sabrosas piezas de caza, ordenó a sus guardias que acudieran sin dilación a socorrer al Marqués de Carabás. Mientras sacaban del río al pobre hijo del molinero, el gato se acercó a la carroza y le explicó al rey que unos ladrones se habían llevado todas las ropas de su amo mientras éste se bañaba (el pícaro del gato las había escondido bajo una enorme piedra), y que de nada había servido que el Marqués y él mismo gritaran “¡al ladrón!” con toda la fuerza de sus pulmones.

El rey ordenó a los encargados de su guardarropa que sin demora fuesen al palacio en busca de las más bellas vestiduras para el señor Marqués de Carabás. Luego el rey le hizo mil atenciones, y como el hermoso traje que le acababan de dar realzaba su figura, ya que el joven era apuesto y bien formado, la hija del rey lo encontró muy de su agrado. Bastó que el Marqués de Carabás le dirigiera dos o tres miradas sumamente respetuosas, aunque disimuladamente tiernas, para que la muchacha se enamorara perdidamente de él.

El rey lo invitó a que subiera a su carroza y lo acompañara en el paseo. El gato, encantado al ver que su proyecto empezaba a dar resultado, se adelantó a la comitiva y, encontrando un poco más allá a unos campesinos que segaban un prado, les dijo:

—Buenos segadores, si no decís al rey que el prado que estáis segando pertenece al Marqués de Carabás, os haré picadillo como carne de budín.

Por cierto que el rey preguntó a los segadores a quién pertenecía ese prado que estaban segando.

—Al señor Marqués de Carabás —dijeron a una sola voz, puesto que la amenaza del gato había surtido efecto.

—Tenéis aquí una hermosa heredad —dijo el rey al Marqués de Carabás.

—Veréis, Majestad, es una tierra que produce con abundancia todos los años.

El maestro gato, que iba siempre delante, encontró luego a unos campesinos que cosechaban, y les dijo:

—Buena gente que estáis cosechando, si no decís que todos estos campos pertenecen al Marqués de Carabás, os haré picadillo como carne de budín.

Momentos después pasó por allí el rey, y quiso también saber a quién pertenecían los campos que veía.

—Son del señor Marqués de Carabás —contestaron los campesinos, y nuevamente el rey felicitó al Marqués.

El gato, que seguía delante de la carroza, iba diciendo siempre lo mismo a todos cuantos encontraba, de modo que luego el rey se mostraba verdaderamente asombrado ante las innumerables riquezas que poseía el señor Marqués de Carabás.

Finalmente el maestro gato llegó frente a un hermoso e imponente castillo. Su dueño era el ogro más rico y poderoso del que jamás se hubiera tenido noticia, pues todas las tierras por donde había pasado la comitiva real pertenecían, en realidad, a este castillo.

El gato, que tuvo la precaución de informarse acerca de quién era este ogro y de ciertos prodigios que era capaz de hacer, solicitó hablar con él, diciendo que no había querido pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de hacerle una reverencia. El ogro lo recibió en la forma más cortés que puede hacerlo un ogro, y tras beber una copa de vino lo invitó a descansar.

—Me han asegurado —dijo de pronto el gato— que vos tenéis el don de convertirlos en cualquier clase de animal. Que podéis, por ejemplo, transformarlos en un león o en un elefante.

—Cierto es —respondió el ogro con brusquedad—, y para demostrarlo os haré ver cómo me convierto en león.

Tanto se asustó el gato al ver ante sus narices a un león melencólico y rugiente, que en un abrir y cerrar de ojos se trepó a las canaletas del techo, no sin riesgo a causa de las botas, que no eran lo más apropiado para andar por los tejados.

Un rato después, viendo que el ogro había recuperado su forma habitual, bajó y confesó a su anfitrión que había tenido realmente mucho miedo.

—Me han asegurado además —agregó el gato—, pero esto sí que no puedo creerlo, que vos tenéis asimismo el poder de transformaros en el más pequeño de los animales; por ejemplo, que podéis convertirlos en un ratón. Os confieso que esto sí que me parece imposible.

—¿Imposible? —repuso el ogro—. Ya lo veréis.

Y al decir esto se transformó en un ratón que se lanzó a corretear por el piso.

Ni corto ni perezoso, el gato se le echó encima y de un solo bocado se lo tragó.

Entretanto el rey, que al pasar por esos parajes había visto el hermoso castillo del ogro, quiso entrar en él. Al oír el ruido del carruaje que atravesaba el puente levadizo, el gato corrió adelante y le dijo al rey:

—Vuestra Majestad sea bienvenida al castillo del señor Marqués de Carabás.

—¡Cómo, señor Marqués! —exclamó el rey—. ¡También este castillo os pertenece! Nada he visto más bello que este patio y todos estos majestuosos edificios que lo rodean. Hacedme el favor de mostrármelo por dentro.

El Marqués ofreció su mano a la joven princesa y, siguiendo al rey que iba primero, entró con ella a una gran sala donde encontraron servida una magnífica cena. El ogro la había mandado preparar para unos amigos suyos que vendrían a visitarlo ese mismo día; éstos, sin embargo, no se habían atrevido a entrar al saber que el soberano se encontraba allí.

El rey, encantado con todas las buenas cualidades del señor Marqués de Carabás —al igual que su hija, quien ya estaba loca de amor por él—, y observando además los valiosos bienes que poseía, le dijo al joven, después de haber bebido cinco o seis copas:

—Sólo dependerá de vos, señor Marqués, que seáis mi yerno.

El Marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacía Su Majestad, y ese mismo día se desposó con la princesa. A su lado, el gato se convirtió en un gran señor, y si alguna vez volvió a correr tras las ratas no lo hizo sino como diversión.